

# HISTORIAS DE TAMMERLANE

de Federico Tarántola

presenta...

## EL ENANO DE JARDÍN COBRA VIDA

Fue la mágica noche del 30 de Octubre del 2000, en que Walter estaba sentado en su sillón preferido en el comedor de su casa, bebiendo vino en copa, filosofando con su amigo Ignacio.

- Yo creo que el amor no se termina. No es una etapa buena y después el final. Cuando muchos creen que se terminó, tienen que aceptar que está aconteciendo una transformación. Y de la dulzura se pasa a una especie de violencia.

- A qué te referís? – le preguntó Ignacio, pasándole el cigarrillo de marihuana, para luego toser.

- El sexo se vuelve más duro, más violento. Comienza la experimentación, el actuar con más fuerza. Las cosas se dicen más de frente. Desaparece la timidez, y surgen las peleas, los tirones, las amenazas.

- Eso te habrá pasado a vos. A mí nunca.

- Eso es porque no duraste más de tres meses con una mujer. Decímelo a mí, con cada una de las que estuve los dos años de siempre...

Y el enano de jardín no soportó más. No iba a tolerar otra noche con su amo desde el comedor, cerca de la ventana al jardín, recordando anécdotas miserables de ex novias.

Así que cobró vida: primero dio un paso y luego otro.

Miró a su alrededor.

Cuando creyó comprender todo, la importancia de sus pasos, y el sentido de la existencia, se sintió libre. Y como libre, dio media vuelta, llegó hasta la puerta que daba al garage, tomó las llaves del auto y se subió en él.

- No llego a los pedales! – se dijo, y supo que podía hablar.

Tomó entonces dos topes de madera, de alguna forma se los enganchó a los pies, pisó el acelerador, y salió arando.

Atravesó el portón, viró a la izquierda, coleó, tomó el asfalto y salió a toda velocidad.

Qué hacer, pues, con una vida por delante, con todo el jodido Pueblo a su disposición? Pensó en sí mismo y supo que necesitaba ropa: no quedaba muy bien que anduviera por la calle vestido con trazos de pincel dibujando un estúpido y payasesco traje.

Se detuvo a unas cuantas cuadras, en una despoblada avenida.

Bajó del coche con una barra de metal y destrozó la vidriera de un negocio de ropa para niños.

Como no sabía lo que era el peligro, pasó por alto la atención que provocaba la alarma, y se introdujo en el local.

- Mierda que hay ropa! – dijo feliz, y correteó de un lado al otro del lugar.

En la calle, un patrullero se detuvo en la vereda de enfrente.

- No se ve nadie. – dijo Hutck, bajando del automóvil.

- Entremos al local y caguémoslo a tiros. – prefirió el oficial Stark.

La cuestión fue que cuando lo tuvieron frente a sus narices, no lo pudieron comprender.

- Es un maldito enano!

- Disparale!

La bala que salió del arma de Stark, atravesó limpiamente la cabeza del enano de jardín, el cual se estaba probando un conjunto rosado deportivo.

- Hey! No ven que estoy comprando ropa! – dijo, completamente molesto.

- Es un muñeco de cemento!

- Disparale!

Y un nuevo balazo atravesó el pecho del extraño ser.

- Pueden terminarla?! Carajo, que tengo una vida por delante, y no quiero andar arreglándome los agujeros que me hacen! – se despachó.

- Está vivo!

- Salgamos de acá y pidamos refuerzos! – y ambos salieron corriendo.

En pleno escape, Hutck perdió su arma.

Enojado por aquella escena, el enano de jardín tomó la pistola y regresó a su coche, no sin antes acercárseles al coche, y devolverles la agresión.

- Para que vean lo molesto que es! – y los bañó en plomo.

Cuando el muñeco subió a su auto, no entendió por qué los dos oficiales se habían callado la boca.

Con el acelerador en un número imprudente, atravesó fugazmente calles y calles, sin importar el rumbo.

Ya no estaba huyendo del maldito jardín, pero de todas formas quería estar lo más lejos posible.

Y se alejó de todo: del barrio, del Centro, de las edificaciones. Tomó una ruta y se internó camino a unas montañas eternamente lejanas.

Pero metros antes que el asfalto se acabe, y surja el desierto, descubrió un lugar bastante luminoso.

- “Infierno Tammerlane” – leyó de aquel cartel con letras de neón, el cual llevaba como agregado una figura femenina que parecía danzar entre destellos.

Se detuvo, apagó el motor, descendió del auto, y llegó hasta la entrada.

- Qué mierda sos? – preguntó aquel inmenso hombre de seguridad.

- Por qué esa falta de respeto?! Ya estoy cansado que me traten mal en todos lados.

- Me importa una mierda! Repito: qué mierda sos?!

- Un enano de jardín. Y esta noche cobré vida.

- A mí que mierda me importa? Esto es un cabaret y no dejamos pasar a muñecos de cemento y mierda, disfrazados de nenes!

- Tengo derechos. Soy un ser vivo, y puedo acceder a lo que se me antoje el culo! – reprochó con bronca.

- A mí que mier...

Y el enano derribó al hombre a balazos.

Enseguida, se hizo paso por la entrada, llegó al centro del local, miró a su alrededor, y comenzó a disparar a todos los hombres y mujeres que podrían llegar a maltratarlo o echarlo. En su lógica, todos tenían que callarse y dormir una siesta gracias al poder de las balas, mientras hacía lo que quisiera.

Lo que sí, nunca supo que provocó una de las masacres más importantes de prostíbulos en todo Tammerlane.

- Vos! – y apuntó. Te hago callar la boca sino me servís un trago y me llevás a una pieza. Quiero ver qué es eso del alcohol y el sexo.

La única prostituta sobreviviente, alzó los brazos y gimió del terror. De inmediato supo que el sentido de la realidad del enano era otro: confundía balas con píldoras para dormir.

Así que corrió a la barra, sirvió whisky con hielo y se lo alcanzó.

- Acá... acá tiene... - dijo con temor.

Entonces el enano sintió que era ocasión para seguir haciendo lo que quisiera, y le palmeó el culo en agradecimiento.

Minutos después, cuando llegaron al cuarto, se encontraron con un problema.

- No tengo pene! – se dijo molesto, y la mujerzuela sonrió a un lado.

El muñeco miró a su alrededor, tratando de ubicar un objeto contundente que jamás halló. En un raptó de inteligencia, descubrió que podía colocar la pistola a la altura de su pelvis, y usarla como penetrador.

- Jamás voy a dejar que me metas eso adentro.

Y el enano saltó sobre ella, con el arma de alguna forma sujeta a su cintura. Cuando alcanzó la vagina, una bala se escapó.

La prostituta murió al instante.

- Otra que se duerme! – se dijo, y cansado de todo y todos, abandonó el lugar.

A la salida, se enfrentó al cielo estrellado, y se preguntó que habría más allá de Tammerlane. Bueno,... por lo menos había puntos luminosos en el firmamento, eso seguro.

Se volvió al auto, tomó asiento y se preguntó qué haría todo hombre con vida. Enseguida se descubrió necesitado de amor.

Así que regresó para el sector urbanizado. Una vez más, la jungla de cemento de Tammerlane se apoderaba de un alma, y no la dejaba escapar al desierto y montañas, para asomar la vista al otro lado del Universo, y descubrir la insegura realidad.

Frenó en un kiosco, puso a “dormir” al kiosquero, y se llevó algunos productos.

Siguió viaje por las calles, por los barrios, alimentándose, bebiendo y fumando por esa boca pintada que nada tragaba pero que se conformaba con mancharse y absorber su aroma.

Pasó cerca de una pelea callejera, y los separó arrollando al grupo.

Se detuvo en una plaza y trepó un árbol.

Siguió viaje y volvió al barrio de su vida.

- Carajo! No hay ni una maldita enana de jardín! – se dijo en paralelo al descubrimiento de una bella enana, posando en un bello jardín floreado.

Clavó los frenos.

Corrió hasta la vereda, de alguna audaz manera sorteó la puerta, y llegó hasta ella.

- Te amo. – dijo con toda la inocencia de un joven enamorado.

Y la enana de jardín cobró vida.

- Hola. Por qué estás acá? – le preguntó con dulzura.

- Decidí dejar al estúpido de mi amo, y aprender de la vida. Y en ella descubrí que sos mi alma gemela: la única enana de cemento del Pueblo. Ahora entiendo mi búsqueda existencial.

- Parecés algo poeta, bohemio, perdido... - le dijo la chica, con cierta cuota de madurez. – No creo que hayas dejado tu vida por mí.

- Estaba cansado de la soledad, hermosa.

Y fue ahí que la muñeca se sintió atraída del todo. Aquel bello amante había salido motivado por un sentimiento desmoralizador, para terminar buscando un acto que lo dignifique. Y darle un sentido al corazón era más que suficiente.

- Cómo te llamás? – preguntó el enano.

- No tengo nombre. Nunca me bautizaron salvo con el apodo de “enana”.

- Ahora que lo decís, me doy cuenta que tampoco tengo nombre. Bah, si... A veces me decían “enano”, y otras veces “enano de mierda”.

- Sabés qué?... – preguntó ella, con su mejor sonrisa dibujada, con sus ojos de cemento brillantes bajo la luna. – Me podrías nombrar de la forma que más te guste, y viceversa.

Mientras tanto, una cabeza asomaba por la ventana al jardín.

Interior. Comedor al jardín. Noche.

Dalmiro se sorprendió por las voces, y quitó su mirada de la televisión.

Algún maldito ladronzuelo parecía querer interrumpir su noche de películas por cable.

Cuando se asomó por la ventana, y descubrió lo que pasaba, corrió al teléfono y llamó a Walter de inmediato.

- Tu enano de jardín está conquistando a mi enana.

- Parece que el muy hijo de puta se pudrió de cumplir su tarea y se escapó con el auto.

- Tomate un taxi y venite para acá! Yo los retengo!

Colgaron, y cada uno se puso en movimiento.

Cuando Walter llegó, Dalmiro había hecho pasar a los dos seres a punta de escopeta.

- Acá llega la otra parte de esto. – dijo el molesto enano, indignado.

Walter se paró ante ellos.

- Quiero una explicación. No es lógico que un enano de jardín cobre vida porque sí, y salga a la calle a hacer lo que quiera.

- Salió a hacer su propia vida! – se quejó la muñeca.

- Después de ver por televisión el tendal de muertos que esta basura dejó con una pistola que le robó a la policía, es lógico que la lógica humana no tenga ni el más mínimo sentido en ustedes. Provocó diez veces más muertes de las que se producen por día en Tammerlane. Todo eso sin contar los daños!

- No queremos problemas con nadie. Nos vamos! – dijo el muñeco.

- Lejos. Fuera de Tammerlane. Este Pueblo no es para nosotros. – concluyó ella.

- No podemos dejarlos ir. Cuando descubran que no hay nada más allá de las montañas, salvo el Pueblo que dejaron atrás, van a volver y van a seguir provocando estragos.

Dalmiro alzó su arma y apuntó. El gran cañón de la escopeta frente a sus narices hizo que el enano de jardín termine por aprender que las cosas no conviven por una lógica personal, sino por una lógica impuesta por la raza dominante.

Y la lógica del dominante, siempre iba a ser mandar a dormir a todo lo que fuese distinto.

Miró a su mujer. Le sonrió. Soltó una lágrima y con ella despintó un ojo.

- No! No te rindas! – dijo ella entre llantos, abrazándolo.

- Es así como funcionan las cosas, amor: los seres vivos viven, y los inanimados de una forma u otra duermen.

Una pausa.

Dalmiro preparó el martillo de la escopeta. Aguardó la señal de Walter.

- Florentina. – nombró a su amante.

- Tamborino. – nombró a su hombre.

Y la pareja completó su estatus de perfecta e ideal, cuando cada uno encontró en el otro un nombre como bautismo.

Walter bajó su pulgar.

Dalmiro disparó.

Minutos después, barrieron los trozos de cemento y tiraron los restos al tacho.

Un mes después, Walter vio que su jardín parecía vacío, entonces compró un pato de cemento.

Y otra noche mágica en el tiempo, el pato también cobró vida.

FIN